

Los cambios políticos en América Latina: dinámicas nacionales y reestructuración del orden global.

Pável Alemán Benítez
Investigador Auxiliar y Profesor Asistente, CIPI

El presente año es por coincidencia un doble recordatorio de una relación de dominación que se nos ha presentado en muchas ocasiones, y quizás también sea así, como de hegemonía. Los dos siglos de existencia de los dichos de Monroe luego adoptados como Doctrina, y el cincuentenario del terror vivido en Chile como política de Estado, con el patrocinio y la participación directa de Estados Unidos. Esto también equivale a decir, que estamos en presencia también de la conmemoración del medio siglo de la implantación por la fuerza del pensamiento económico neoliberal.

La Doctrina Monroe implicó tratar al hemisferio occidental como una zona de influencia exclusiva para los Estados Unidos en su relación frente a las potencias desde aquel momento y hasta el presente. A la vez, fue una declaración explícita de su intención de subordinar a pueblos y naciones del subcontinente latinoamericano y caribeño, como dóciles y serviles Estados vasallos. Del anuncio de la pretensión imperial que subyace en el pensamiento de Monroe, a la convergencia entre parecer y ser potencia, medió la búsqueda de su “espacio vital”. La ampliación del territorio estadounidense hacia la costa del Pacífico, le permitió convertirse en potencia bioceánica a costa de la depredación de México y la progresiva anexión del reino que existía en Hawái. Pero su verdadera declaración de potencia imperial se produjo con la derrota de la potencia imperial que había comenzado el ciclo de expansión colonial sobre la hoy llamada periferia. La derrota militar de España y la ocupación militar de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, desencadenó las fuerzas que se habían forjado en el primer siglo de formación de Estados Unidos. Le colocó en medio del Caribe, de frente a Sudamérica y de cara a sus pretensiones en el Pacífico y en particular mirando hacia Asia. Esto abrió el camino al Canal de Panamá, una de las rutas estratégicas que ya ha demostrado con creces su valor geopolítico.

En pocas palabras: la inmensa cuota de poderío con la que Washington ascendió y se ha mantenido como potencia principal en la construcción de la arquitectura global de poder, se ha generado no sólo en su poderío económico, científico, tecnológico, cultural y militar. Ese poderío se ha construido sobre el alineamiento de los recursos naturales, la fuerza de trabajo y la excepcional posición geográfica con valor geopolítico, de nuestra región. Como dijera un académico estadounidense de American University hace casi nueve años atrás en un

conversatorio a puertas cerradas, la riqueza y el poderío nacional estadounidense nacieron de la explotación de la fuerza de trabajo y de la depredación del medio ambiente, esencialmente en América Latina y el Caribe. Para que tuviera un impacto en las relaciones internacionales y en las instituciones multilaterales, la bandera del panamericanismo logró, aún con resistencias, el respaldo diplomático y militar ante no pocos conflictos.

No es inexplicable que, pese a las tensiones al interior de Estados Unidos entre un cauto aislacionismo y la creciente necesidad de ser intervencionista en política exterior, Estados Unidos emergiera como potencia ganadora en tres guerras mundiales: las dos primeras libradas muy lejos del hemisferio occidental. Sin embargo, la última fue muy prolongada temporalmente y expandida territorialmente. Las principales potencias y los bloques militares que articularon a su alrededor no se enfrentaron militarmente de manera directa. El valor de la suma cero de las armas estratégicas y de su poderío destructivo en forma mutua y asegurada, previno una catástrofe nuclear. La Guerra Fría se libró en modo diferente: una yuxtaposición de simultáneos y sucesivos conflictos armados de diferente intensidad, que de forma irregular y regular se libraron en los continentes de la periferia.

El costo de la Guerra Fría fue alto para América Latina y el Caribe. Dictaduras militares que derrocaron democracias electas y gobiernos militares progresistas cuyo único pecado fue intentar la superación de la independencia política formal, para trascender a un Estado de verdadera soberanía nacional y popular. El martirologio latinoamericano es la evidencia más contundente: cientos de miles de colombianos muertos en una guerra fratricida que dura ya tres cuartos de siglo; más de 70 000 fallecidos en las dos décadas de conflicto armado interno en el Perú; los 30 000 detenidos desaparecidos en la Argentina; los miles que sufrieron similar destino en Chile; y los miles de asesinados durante la represión de la protesta social conocida como el Caracazo. Una lectura exhaustiva y detallada de los informes que las diferentes comisiones de la verdad y la reconciliación se han producido en América Latina y el Caribe, podrían provocar la depresión de cualquier persona mentalmente sana y equilibrada.

El pasado reciente es una herida sangrante en la memoria colectiva regional. Estados Unidos impuso por la fuerza, con la ayuda inflexible de las oligarquías nacionales, y la cooperación de las fuerzas armadas y de las instituciones de seguridad e inteligencia, que entrenaron y armaron, la paz de los sepulcros. El panamericanismo actual nació del terror, del miedo, del temor, de la castración política con la aniquilación física del liderazgo y la militancia popular. No importó que estos fueran nacionalistas, étnicas originarias, marxistas, socialdemócratas,

feministas, o de la visión teológica de la liberación. En cualquier caso, todos estos adversarios pretendían la emancipación política en sentido estricto y humana en sentido amplio.

La política y las relaciones de poder no son instituciones estáticas, sino dinámicas, que se reconfiguran en el tiempo. Estados Unidos y sus aliados regionales tienen un gran dilema, nacido en la limitada capacidad que tiene la dominación como ejercicio exclusivo de la violencia, incluidas en ella la capacidad de sancionar económicamente a sus adversarios. Así como el cuerpo de un ser humano, las sociedades tienen memoria y tienen umbral del dolor. Así como la persona que es víctima del maltrato físico y de otras formas de castigo como forma de sometimiento, las sociedades en algún momento dejan de percibir el dolor de los golpes. Pierden su eficacia los instrumentos coactivos y coercitivos.

Esto último se relaciona con la nueva oleada de procesos constituyentes que definen como interés fundamental la refundación republicana en América Latina y el Caribe. No se trata de pasar página, adornando las Constituciones Políticas, con un catálogo de derechos fundamentales que se corresponden con todas las generaciones de derechos humanos. Se trata al estilo rousseauniano de transformar, mediante nuevos contratos sociales que garanticen materialmente los derechos formales, establecidos o recién adquiridos, a sociedades con alto nivel de exclusión, a la vez que garantizan márgenes de gobernabilidad aceptables. Se trata de incluir verdaderamente como ciudadanos, a amplios sectores de desposeídos por la fuerza, de cerrar las brechas de inequidad económica y social que han sostenido a su vez la asimetría de poder entre Estados Unidos y sus vecinos en el hemisferio. Por supuesto que acá se enfrentan dos visiones diferentes de la legitimidad política: aquella que intenta a través de la relegitimación de las oligarquías nacionales para continuar en el poder, construir un Estado de Derecho para superar el lastre político que significa todo ese pasado histórico; y la que nace desde la sociedad como reclamo de justicia, como reivindicación de derechos económicos, políticos y sociales, como nuevo relacionamiento con el medio ambiente.

Ya hubo una primera oleada de gobiernos de izquierda o progresistas en la región. Fue muy radical en muchos sentidos, no sólo en política interna, sino como reflejo de esta, también en política exterior. Retirar una base militar estadounidense de su territorio, encontrar solución a potenciales conflictos armados interestatales, o construir nuevas organizaciones regionales como UNASUR o la CELAC, pueden ser ejemplo de ello. Pero los anhelos de integración regional y de mayor protagonismo en las relaciones internacionales, fueron postergados por gobiernos de derecha que fueron más funcionales a la política exterior de Estados Unidos.

Ahora hay una segunda oleada de progresismo en América Latina. Un progresismo diverso y pragmático, consecuentes con sus limitaciones, surgidas de los pequeños márgenes con el que ganaron elecciones. Gobiernos conscientes de la camisa de fuerza que representa las amplias alianzas que tuvieron que negociar para tener cierta capacidad de legislar sin abusar de los decretos ejecutivos. Fuerzas políticas que no están ajenas al cambiante y peligroso escenario internacional que se configura a su alrededor, en el que las disputas entre las grandes potencias y el declive (relativo o pronunciado) de Estados Unidos, abre una brecha de oportunidades, pero también de amenazas.

Quizás sea oportuno, antes que hacer juicios de valor desafortunados sobre el comportamiento de tal o más cuál gobierno, comprender que el pragmatismo con el que meticulosamente se mantienen las relaciones entre estos gobiernos y la actual administración de la Casa Blanca, pasa por cálculos y consideraciones que tratan de mantener los mayores márgenes de autonomía en medio de una asimetría que perpetúa vínculos de subordinación. Valga esto para reivindicar la sabiduría y lo sutilezas del equilibrio que ha logrado México frente a Estados Unidos en época del gobierno de MORENA y AMLO. Comprender esto nos daría claves de interpretación valiosa para escuchar, releer y comprender mejor el alcance del discurso del presidente Petro en la reciente Asamblea General de las Naciones Unidas: no sólo describió con precisión los problemas globales contemporáneos, sino que puso el dedo en la llaga con el tema de la guerra en Ucrania. Ese conflicto, marca un parteaguas en la lucha por el poder mundial. La postura ante ese conflicto, para algunos implica un alineamiento político entre el orden actual y el que emerge. Para otros, marca un posicionamiento ético, moral y jurídico, distante de lo geopolítico. Ambas cosas no pueden separarse.

En apenas un año habrá elecciones en Estados Unidos. Si las encuestas no resultan engañosas, si el sistema judicial estadounidense trata de no influir sobre la decisión de quiénes pueden ser candidateables, es casi seguro que el próximo mandatario será un antiguo conocido que siente poca estima por los latinoamericanos y caribeños: Donald Trump. Su filosofía de la vida es empática con Jair Bolsonaro, con el uribismo más allá de Álvaro Uribe, con Javier Milei, y como otros defensores de una mixtura que se reclama liberal, anarquista, en pro del Estado mínimo, y tiene matices y tintes parecidos, tanto en sus prácticas discursivas como en su proyecto político con el fascismo italiano y el nazismo alemán. No puede ser entendido de otra manera, quienes apuestan por reducir las obligaciones sociales del Estado y su concentración casi exclusiva en el poder duro del aparato estatal que combina el empleo de las instituciones de seguridad con las judiciales.

Pero todo esto sucede en medio de esa cruenta pelea por el poder global. A los planes para perfeccionar la dominación sobre la región (Plan Colombia, Iniciativa Centroamericana, ALCA) y a escala global (las asociaciones trasatlántica y transpacífica), se le opuso una gama de acuerdos de distinto alcance, no sólo en el comercio. Existe una diversidad de iniciativas asociativas regionales, de carácter endógeno, y no exclusivamente de integración económica. Y algunas representan una contrapartida poderosa en la disputa de poder, como la Iniciativa para la Franja y la Ruta de la seda, que tiene diferentes dimensiones y que por mucho exceden el limitado espacio geográfico en el que tuvo lugar en la historia ese corredor en el Oriente civilizatorio. La membresía aumentada de los BRICS, el intento de crear una moneda de esa organización, la fuerza que se acumula en ciertos países productores de petróleo que tratan de sacudirse de la relación especial y privilegiada que han sostenido bajo el control de Estados Unidos. Todo esto refleja la emergencia de un grupo de países que reclaman mayor protagonismo y relaciones diferentes, por su poderío regional y por su capacidad para articularse entre sí y encontrar una inserción no subordinada.

¿Cómo se posiciona América Latina ante esos cambios? ¿Desea trasladarse América Latina de una relación subordinada con un poder dominante a otra de semejante naturaleza con cualquier otra potencia? No, definitivamente no. Quiere las coincidencias históricas que América Latina y el Caribe hayan transitado estos años por las celebraciones y conmemoraciones de los bicentenarios de sus independencias formales. Ha tocado a los gobiernos que representan la alternativa progresista, que esos bicentenarios discurran ante la crisis sanitaria provocada por la Covid19 y luego el impacto que representa para la economía global la guerra que se libra en Ucrania. Ha tocado a esos gobiernos el profundo desafío de remontar las desigualdades sociales, recuperando y preservando la memoria histórica, en una época de crisis multidimensional en la que el cambio climático desafía a todos en modo malthusiano, como si se tratara de un gran Termidor. Hay que otorgarle el crédito a Samuel Huntington por haber reconocido que la nueva globalidad está asentada por la preexistencia de varias civilizaciones, presumiblemente en un choque que desborda lo cultural.

Preguntado hace unos días Sergio Massa, ministro de economía y candidato peronista, en relación a su posición frente a Estados Unidos, molesto contestó que él no se alineaba con nadie. Que él era argentino, que su alineamiento era con los intereses de la Argentina. Sucede igual con Latinoamérica y el Caribe, que no tiene que decidir por tal o cual coalición, sino decidir por sus intereses nacionales y regionales, y por lo que sea moral y éticamente justo. Necesita América Latina inversiones y comercio, necesita transferencia de tecnología, necesita cooperación internacional para enfrentar los grandes retos que se avecina. Y necesita hacerlo

desde la mayor dignidad posible, sin subordinaciones, con una agenda propia en la interdependencia. Hacia ese horizonte con incertidumbres ante la complejidad y la asimetría, avanzan los países de la región, a velocidades y profundidad variables. Y en esa misma medida, otras potencias irrumpen con fuerza en sus relaciones con América Latina, a sabiendas de que el verdadero declive estadounidense pasa por subvertir la relación de dominación que Estados Unidos ha mantenido con el subcontinente. Todos los escenarios están abiertos.